

Nuevos
Paradigmas


ECO-TEOLOGÍA Y MEDIO AMBIENTE

MONOGRÁFICO #1
ECO-TEOLOGÍA

Para afrontar la catástrofe climática que viene

Una nueva Visión y una nueva Espiritualidad





Para afrontar la catástrofe climática que viene

Una nueva Visión y una nueva Espiritualidad

Ponencia en el 12º Encuentro Internacional CETR, Barcelona 2016

José María VIGIL
eatwot/academia.edu/JoséMaríaVIGIL

Edita: Nuevos Paradigmas

<https://paradigmanuev.wordpress.com>

hikanos@live.com

España

UE

Año 2021

Resumen

Nos confrontamos con la catástrofe climática planetaria, hacia la que estamos caminando, sin que por el momento parezca probable que como humanidad vayamos a tomar conciencia a tiempo para evitarla. Esta situación, inédita, tiene una dimensión material natural (el estado del planeta, la crisis ecológica misma), una dimensión socio-económica (el sistema económico actual, cuyo dinamismo perverso destruye nuestro propio hábitat), una dimensión cultural o noosférica (la «visión» predominante que rige actualmente nuestras relaciones con la naturaleza), y también una dimensión espiritual: la incapacidad de la espiritualidad tradicional heredada, para inspirarnos el comportamiento que necesitamos para sobrevivir). Proponemos una nueva visión y una nueva espiritualidad como la máxima urgencia para la humanidad en esta hora histórica de amenaza de catástrofe climática.



VER

La catástrofe climática se acerca, y su causa es antrópica

Que estamos caminando hacia una «catástrofe climática»¹ es, en el contexto de la actual crisis ecológica y humana, la opinión más avalada científicamente².

Ya nadie lo duda: el cambio climático ha comenzado, y con paso firme³. Hace apenas 10 años la mayor parte de la sociedad negaba esta realidad. Se logró que la ONU convocara el IPCC, una instancia independiente, formada por más de 200 científicos del mundo entero para estudiar el tema. Los varios informes que el IPCC ya ha producido no han hecho sino confirmar la peor previsión doble: es cierto que el planeta se está calentando, y parece también incontestable que se trata de un fenómeno fundamentalmente antropogénico, o sea, de origen humano. Como es bien sabido, Estados Unidos⁴ y los grandes medios de comunicación dirigidos por las grandes compañías transnacionales lideraron inicialmente la opinión negacionista; con el Presidente Obama cambió la situación, pero, lamentablemente, Donald Trump y su vicepresidente Mike Pence, han sido durante el período siguiente verdaderos adalides del negacionismo del cambio climático⁵.

Un nuevo tipo de «refugiados» ha comenzado a ser visualizado: los «refugiados climáticos»⁶, personas, incluso pueblos, países enteros (insulares) que deben huir de sus lugares porque el cambio climático los hace inhabitables. Son ya más de 300.000 personas⁷, y el problema no ha hecho sino empezar.

Pero la catástrofe no afecta solamente a los humanos: está afectando ya a todo el

planeta, a sus ecosistemas, a su equilibrio, su auto-regulación, y amenaza a la entera «Comunidad de la vida»: va a causar una masiva extinción de especies⁸.

Decimos que no hay dudas sobre el origen antropogénico de la crisis. Ya se sabe que cambios climáticos se han dado muchos en la historia evolutiva del planeta, y que hay causas naturales que influyen en ellos (los ciclos del sol, las variaciones en la inclinación del eje de la Tierra...). Pero hoy sabemos que, además, y por encima de estas causas, esta vez se debe a la especie homo sapiens, que ha adoptado una conducta con la que se coloca de hecho en «estado de guerra» contra el planeta, lo que, agravado por el enorme desarrollo tecnológico de que dispone y por la explosión demográfica con que se ha multiplicado en los dos últimos siglos⁹, se ha convertido en una verdadera «fuerza geológica», capaz de interferir en los procesos naturales con los que el planeta se auto-regula.

• **La proximidad de la catástrofe**

Importa destacar un aspecto de esta catástrofe del que no se suele hacer mención: su proximidad. Los efectos previsibles del cambio climático son de un carácter tan apocalíptico, que, de hecho, parece fantástica su mera posibilidad. No podemos convivir cómodamente con semejante amenaza, tan absoluta y tan próxima; espontáneamente, todos preferimos pensar que no es tan probable ni está tan cercana¹⁰; estamos tentados de pensar que quizá no es siquiera verosímil.

Sin embargo –y es lo que decimos que hay que subrayar– la catástrofe climática en este momento es la hipótesis más probable, y no sólo porque puede ocurrir, sino porque ya ha comenzado. Se trata de un proceso que, si

no interponemos un cambio radical y rápido en la conducta social de la humanidad, continuará inexorable, con el agravante de la posibilidad de una aceleración incontrolable imprevista, como fruto de determinados procesos de retroalimentación hoy día bien documentados aunque en absoluto controlables¹¹.

Por lo demás, el proceso va más rápido de lo que se pensaba hace pocos años: a la altura de 2016, dieciséis de los diecisiete años más cálidos registrados en la historia conocida, son años de este siglo¹².

• La inevitabilidad de la catástrofe

Pero hay más: no sólo la catástrofe está más próxima de lo que pensamos, sino que además resulta prácticamente inevitable. Dada la naturaleza de la situación, tal vez ya no nos es posible volver atrás.

Los acuerdos de París de 2015 –por referirnos a los últimos acuerdos internacionales en la materia– son imposibles de cumplir. Las cifras del descenso necesario en el uso de combustibles fósiles son descomunales, de tal magnitud que resultan inasumibles¹³. Nuestra sociedad no puede detener en un momento el consumo de combustibles fósiles: demasiadas cosas dependen de él; colapsaría la vida social¹⁴. No se puede cambiar el patrón energético de la economía mundial ni sustituir las energías del carbono en unos pocos años, ni quizá en décadas. Y no tenemos alternativas viables a ese patrón energético actual. Por otra parte, a nivel global, hay una falta grave de voluntad política en los Estados. Seguimos todos comandados por las élites financieras del sistema capitalista, que se mantienen ciegas a todo lo que vaya contra sus intereses, y no quieren siquiera dialogar sobre el tema. Las mineras extractivas (¡del

primer mundo!) siguen destruyendo inmisericordemente el medio ambiente en el tercer mundo, asesinando incluso a los profetas ambientalistas que alzan la voz en nombre de sus pueblos y comunidades¹⁵. No se acaban de desarrollar los esperados modelos de automóviles eléctricos, no contaminantes. Y pesa una gran duda sobre la energía nuclear, que algunos reclaman como una posible sustitución de los combustibles fósiles, al menos provisionalmente, mientras se encuentra otra salida. No hay voluntad política. La dinámica depredadora inmisericorde del sistema continúa intacta, cada vez con mayor potencial tecnocientífico para la destrucción masiva y acelerada. No se ve salida a corto plazo –un plazo que debiera ser, por lo menos, menor que la corta distancia de tiempo que nos parece separar de la catástrofe que se avecina¹⁶–.

Ya estamos en la pendiente. La catástrofe está iniciándose en destrozos diarios sin cuento en el conjunto del planeta. Sin hacer nada, aun sin pensar en ello, estamos adentrándonos en la catástrofe. Sólo hay una alternativa: o ponemos en marcha una revolución cultural que transforme radicalmente el comportamiento humano a nivel global, o afrontaremos el apocalipsis¹⁷. Estamos yendo a un ecocidio de proporciones masivas en este planeta, que para buena parte de nuestra especie será, además, suicidio. Y empieza a ser probable que no estemos ya a tiempo de evitarlo.

JUZGAR:

Tratando de entender y aceptar la realidad climática

Como hemos dicho, de entrada, nos cuesta aceptar una forma de pensar «realista», que tenga en cuenta esta previsión de la catástrofe que se avecina. No sólo porque estamos programados para la supervivencia, sino porque nunca en nuestra historia nos hemos visto confrontados con una expectativa semejante de destrucción tan masiva. Por eso, es necesario agarrar el toro por los cuernos, y ponderar por un momento la plausibilidad y la verosimilitud de esa terrible expectativa.

a) Histórico-Biocósmicamente es posible una catástrofe climática

El ciudadano común, dotado de un optimismo natural, tiende a pensar que, a pesar de las dificultades, la flecha del tiempo marcha incontenible hacia adelante. No podemos aceptar indiferentemente información sobre una catástrofe próxima a corto o mediano plazo; ante su mero anuncio, reaccionamos poniéndonos en guardia, porque estamos programados para la supervivencia.

Por otra parte, las cosmovisiones de las que la humanidad se ha dotado –precisamente para sobrevivir– se han esforzado tenazmente por dejar abierto el horizonte hacia la vida, hacia la esperanza; no podemos permanecer indiferentes ante el dato de la inminencia de nuestra destrucción.

Pero a pesar de todo ello, el estado actual de las ciencias de la Tierra nos habla de la plausibilidad de la catástrofe. Hoy sabemos que la vida en este planeta tiene una historia agitada, muy azarosa, con avances y

retrocesos, plagada de impases, y de extinciones¹⁸. La actual extinción en curso no es la primera, sino «la sexta gran extinción»; aunque para nosotros sí que es la primera, no debiera resultarnos tan extraña, porque somos nosotros precisamente quienes la estamos provocando¹⁹. Épocas muy diferentes de Gaia se suceden unas a otras con normalidad; hoy a la ciencia no le causa «extrañeza» constatar que estemos en la víspera de una de esas catástrofes «normales», bio-cósmicamente hablando.

James Lovelock representa emblemáticamente esta postura: debemos ver con naturalidad – dice– la proximidad inminente de esta catástrofe climática, que va a destruir gran parte de la vida en este planeta, incluyendo a la especie humana, que quedará probablemente muy dimidiada; es una eventualidad que hemos causado principalmente nosotros, una catástrofe que no podíamos prever al inicio, pero que tampoco hemos sido capaces de detener cuando nos hemos dado cuenta de que la estábamos causando, y ahora es ya demasiado tarde para evitarla, pudiendo solamente suavizarla. Y queda poco tiempo²⁰. Sólo nos queda, dice Lovelock, abrir los ojos, ser realistas, contar con la previsión científicamente más probable, y actuar en consecuencia, acomodándonos con serenidad lo mejor posible a lo que viene...

Normalmente nadie cuenta con esta expectativa como el marco contextual de su pensamiento... Se prefiere vivir, pensar y hasta hacer ciencia «como si» esta previsión no existiera: «lo mismo que en tiempos de Noé»²¹, en que los hombres vivían, comerciaban y se daban en matrimonio como si nada pasara. Estamos en una coyuntura semejante a la bíblica

prediluviana, dice este científico, con una diferencia significativa: Noé sí se pudo salvar con el arca, mientras que nosotros esta vez no contaremos con ninguna arca capaz de salvarnos.

b) Antrópicamente también es posible

La posibilidad de un cambio climático catastrófico que destruya mayoritaria o totalmente la especie humana parece también algo incompatible con el pensamiento tradicional antropocéntrico. De entrada, subconscientemente, nos parece absurda la simple posibilidad de la destrucción de nuestra especie humana por un cambio climático. ¿No somos la razón de ser del cosmos? ¿No constituimos el sentido de la Tierra? ¿No somos la flecha de la evolución, que recoge en sí el impulso evolutivo de toda la vida sobre la Tierra? ¿No constituimos una realidad totalmente diferente de las especies animales, situados como estamos en un nivel «ontológico» superior (seres sobrenaturales, creados a imagen y semejanza de Dios, con alma espiritual...), por nuestro origen y por nuestro destino, inaccesibles a los avatares climáticos o meteorológicos a los que puedan estar sometidos las plantas y los animales?

Las ciencias de la Tierra y de la Vida hoy día ya no nos dan la razón en este punto. No somos esos seres absolutamente diferentes y superiores que hemos creído ser. Somos una especie biológica que es producto del mismo proceso evolutivo que ha dado origen a las demás especies en este planeta. Por eso, no tenemos derechos absolutos sobre ellas, que son producto de ese mismo proceso evolutivo. Nacemos en medio de la comunidad de la vida de este planeta, y a ella pertenecemos. No venimos de arriba (el

cielo)... ni de afuera (una creación ex nihilo), sino de abajo (de la Tierra) y de dentro (del proceso biológico evolutivo, cuyas huellas se dejan ver incluso en nuestro propio cuerpo). Compartimos la misma condición natural básica, el mismo hábitat, y a nuestra medida, el mismo destino.

Somos una especie más, y en principio, nuestra especie será, como todas las demás²², temporal, pasajera, llamada a desaparecer y a ser superada por otras especies que están en camino.

No llevamos la guía de la evolución, aunque seamos en este momento –hasta donde nos parece saber–, la especie más «avanzada» (sólo en algún sentido). La fuerza evolutiva de la vida va mucho más allá de nosotros mismos, y puja por la evolución desde otros muchos frentes biológicos, y pudiera arrebatarnos por sobrepasamiento nuestra actual primacía. Tal vez la crisis climática, aun con sus consecuencias traumáticas, pueda ser la ocasión ambiental necesaria para la «emergencia» de una nueva etapa de Gaia, de un cambio radical nuestro o, eventualmente, de una(s) nueva(s) especie(s) que pase(n) a «liderar» la evolución en este planeta.

Así pues, desde un punto de vista amplio, cosmo-bio-antrópico, la catástrofe ecológica, incluida la posible extinción de la especie humana, no significa un desastre absoluto, como cuando es percibida desde la perspectiva humana (antropocéntrica) habitual, todavía vigente. Es algo mucho más asimilable. Es una perspectiva realista, con la que es posible reconciliarnos y convivir, y es una opción mucho más probable que la expectativa triunfalista y predestinada con la que solemos contar inconscientemente.

c) ¿Y desde el punto de vista de las religiones?

Las religiones²³, compañeras íntimas del ser humano durante los cuatro últimos milenios, se encuentran tan sorprendidas como la especie humana en general. Comparten el mismo desconcierto. Habían aventurado los más variados apocalipsis para el final de nuestro (pequeño) mundo (humano): sólo la ira de algún dios celeste irritado, o de algún daimon malévolos surgido del infierno, podría acabar con el ser humano en un acto externo todopoderoso; era inimaginable que este mundo acabara no por una intervención divina, sino por la acción ignorante del ser humano, que ha estado destruyendo desde milenios los órganos vitales de recuperación del sistema Tierra²⁴. La catástrofe apocalíptica final no va a ser un castigo divino como siempre las religiones habían pensado, sino un ecocidio plenamente humano.

Que el mundo sea eterno, o que deba acabar cuando Dios en su arcano designio decida que pasemos todos al eón celeste definitivo de la eternidad al que toda la historia humana ha estado encaminada, era la previsión de los monoteísmos abrahámicos²⁵. Que todo el «Plan divino de salvación» programado por Dios, se vea truncado por un efecto simplemente «climático», o por una limitación astronómica²⁶, será difícil de aceptar para estas religiones, pues implica la quiebra de doctrinas importantes hasta ahora presentadas como parte de la Revelación de Dios usufructuada en exclusiva por ellas. Sólo los fundamentalistas siguen proclamando que Dios Omnipotente estará ahí para salvarnos de cualquier catástrofe astrofísica (no ya divina, sino antropogénica)²⁷.

¿Es posible una religión que sea capaz de reconciliarse y aceptar esta perspectiva que las ciencias de la Tierra nos presentan hoy sobre la crisis climática en curso? Las religiones occidentales oficiales, sus instituciones, están todavía a años luz de poder asumir esta perspectiva. Pero la posibilidad teórica existe, y de hecho muchos creyentes occidentales –no sólo teólogos de avanzada, sino comunidades cristianas despiertas, y creyentes inquietos por libre– tienen asimilada esa perspectiva; luego de facto ad posse valet illatio²⁸. El budismo, por su parte, reconoce oficialmente que mantiene buena relación con la ciencia, que se siente obligado a aceptar las investigaciones y hallazgos científicos, y declara que no hay conflicto entre budismo y ciencia.

ACTUAR

Coyuntura de encrucijada: las tres causas

Tres nos parecen ser las causas principales tanto de la génesis de la crisis ecológica actual, cuanto de la inadecuada respuesta que la humanidad le está dando (por omisión); son éstas:

1) el sistema económico y de producción, egoísta, explotador y depredador, que la especie humana se ha dado a sí misma. Este sistema conlleva una dinámica perversa poderosa de depredación del medio ambiente y de explotación de los grupos humanos²⁹, dinámica que, con las inmensas capacidades tecnológicas actuales, nos conduce aceleradamente al desastre ecológico.

2) una visión y una cultura dominantes que legitiman ese sistema civilizacional depredador del medio y explotador de la humanidad menos favorecida.

3) la falta de calidad humana –a nivel personal y colectivo– que conlleva la incapacidad para percibir la perversidad de este sistema, así como la lentitud para reaccionar, detener y superar esta situación. ¿Qué es lo que nos falta... información, conciencia, sensibilidad, voluntad, espiritualidad, calidad humana profunda...?

Ante la primera causa necesitamos militancia política para transformar el sistema. Ante la segunda necesitamos una teología nueva, y a escala mayor, una auténtica revolución cultural. Para la tercera necesitamos una nueva espiritualidad.

Vamos a cada una de estos tres puntos.

A) Un sistema de vida disfuncional y en guerra con el planeta

A partir del siglo XVI se ha extendido/ impuesto por todo el mundo el sistema capitalista, actualmente en su fase neoliberal y financiera mundializada, que genera una dinámica perversa de depredación de la naturaleza y de explotación de grandes sectores de la población humana. La humanidad lleva varios siglos fracasando en su intento por superar este sistema.

Este sistema económico de producción y consumo, base del modo de vida de la especie humana –tan numerosa hoy– produce una carga excesiva sobre el sistema de reproducción y auto- sostenimiento de la vida en el planeta, explotando y depredando «recursos naturales» que son vitales para el sistema vivo que sostiene y reproduce la vida. Ha sobrepasado ampliamente sus propios límites y actualmente cabalga desbocado a un ritmo de consumo que requeriría varios planetas para sustentarlo. La situación no sólo es claramente insostenible, sino que ha entrado en quiebra hace tiempo

y da señales de agotamiento e impase. El ritmo del daño que infligimos al planeta no ha dejado de crecer, y sin embargo no logramos ponernos de acuerdo para disminuirlo, ni mucho menos para detenerlo. Es decir, continuamos destruyendo nuestro propio hábitat, nuestra única Casa Común.

Este sistema económico global actual todo lo centra en el mercado, en la persecución de la máxima ganancia en el menor tiempo posible, para la acumulación. Las compañías transnacionales mundializadas dominan la economía planetaria, pero se reconocen obligadas sólo para con sus accionistas, para conseguir para ellos los máximos dividendos, al costo de lo que sea; no reconocen obligaciones para con la sociedad, los Estados, los pobres, la Humanidad, los límites del planeta... Estamos en las antípodas del sistema económico civilizacional que necesitamos, que sería un sistema centrado en la promoción del bienestar del planeta, la promoción de la vida, de todos los seres vivos, de la humanidad como conjunto, de su Buen Vivir y Convivir. No ya una «demo-ocracia» ni unos «derechos (sólo) humanos», sino una «bio-ocracia» y un respeto a «todos los derechos», también los no humanos, los derechos de todos los seres vivos, y de la Madre Tierra que los hace posibles.

El problema principal consiste en que nuestro sistema civilizacional, en su base material misma, destruye la vida y el planeta, y con ello las bases mismas de nuestra posibilidad de supervivencia. Nuestro propio sistema económico nos mata. Y puesto que es responsabilidad nuestra, la realidad es que estamos suicidándonos.

El diagnóstico moral detecta la raíz de este mal en el hecho de que el ser humano ha

puesto sus derechos por encima de los derechos del planeta y de los de las demás especies vivientes³⁰. Con ello el ser humano se ha convertido en un ser disfuncional, que lleva a la biosfera hacia la asfixia, y arrastra a toda la Comunidad de la Vida al desastre climático, lo que ya está produciendo una gran extinción. Nuestra propia forma de vida es nuestro peor enemigo³¹.

El Planeta ya está reaccionando, pues sea dentro de la «autorregulación» del sistema de Gaia, o como simple consecuencia del efecto invernadero principalmente, está iniciando un calentamiento que a la larga va a destruir la especie que lo causa, lo que, con toda razón, puede ser considerado como una reacción del planeta contra el agresor.

No estamos hablando de posibilidades lejanas, ni siquiera de posibilidades próximas, sino de procesos que YA están en marcha, y que difícilmente vamos a poder ralentizar, ni mucho menos detener. Hemos de ser realistas, considerar cuáles son las próximas etapas de este proceso, y prepararnos para la llegada de los escenarios previsibles. Viene un período de grandes sufrimientos. Buena parte de la humanidad va a perecer, aunque es comprensible que la Vida y el Planeta se recuperarán después de la extinción de muchas especies. Probablemente otra especie tomará nuestro puesto evolutivo en una forma armoniosa para con el planeta y con la biosfera. O tal vez nosotros mismos evolucionemos hacia esa otra nueva especie que necesitamos ser.

En esta gran transformación está inmersa Gaia, tal vez en respuesta a la crisis destructiva causada por el ser humano. Lo más importante y urgente sería incorporarnos a la misma adoptando una revolución cultural que nos haga co-pilotar con Gaia la

superación de esta crisis de sobrevivencia. Somos coprotagonistas de la grave crisis que atraviesa la Vida en el planeta. De cómo nos comportemos depende el que podamos superarla –si es que todavía estamos a tiempo– o que perezcamos en ella. En este momento nuestra gran tarea es acompañar esa Gran Transformación urgente.

Nuestra teología clásica ha sido ajena a estas amplias coordenadas, habiéndose quedado reducida a una visión antropocéntrica, mítica, religiosa, encerrada en el fanal de las referencias intestinas bíblico-judeo-cristianas... mientras con su pasividad miraba para otro lado y legitimaba inconscientemente la destrucción del planeta. Necesitamos una teología nueva, radicalmente diferente, desde bases más amplias y sobre nuevos presupuestos, coherentes con la realidad.

La Humanidad continúa rigiéndose actualmente con la inercia genética ancestral de su especie³², común a muchas otras: luchar por la sobrevivencia a cualquier precio, la ley de la selva o la ley del más fuerte. Ese ADN conductual era apropiado para las épocas evolutivas anteriores, pero a partir del momento en que se ha dotado de tecnologías poderosísimas, ha quintuplicado su población desde 1900 y se ha convertido en una verdadera fuerza geológica, esta especie ha entrado flagrantemente en contradicción con sus límites (las dimensiones del planeta, su capacidad limitada para regenerar los recursos para la vida de todos los vivientes, los derechos de las demás especies...). Nuestra especie necesita una nueva «visión», adecuada al estadio evolutivo actual, que le dé capacidad de percibir a Gaia, le abra a una empatía profunda con la toda la comunidad planetaria de la vida, le dé sentido de pertenencia y le

frene en su potencial destructivo. En la actualidad la especie humana resulta disfuncional para el planeta, y su proliferación (que no cesa) resulta ser una plaga, como un cáncer que va destruyendo las bases de la vida; si el cáncer no es extirpado acabará con el equilibrio y con la vida del planeta, y consigo mismo. Es urgente que esta especie evolucione, o que ceda el puesto y el liderazgo a otra especie que sea funcional a la supervivencia y al florecimiento de la vida.

B) Una «visión» ya superada del mundo y de la naturaleza, que nos hace daño. Necesitamos cambiar esa visión. Comparemos en paralelo la vieja y la nueva visión.

- Para la vieja visión disfuncional la materia es la mitad visible de la realidad³³, y es la parte inferior, estéril, moralmente despreciable, axiológicamente inferior a lo invisible, a las realidades «espirituales» (¡no materiales!). Ante ella la actitud humana es la actitud de dominio y usufructo: son simplemente «recursos naturales».

> Para la nueva visión, en realidad «la materia no existe»³⁴... Porque la materia, simplemente, es energía, en uno de sus estados. Todo es energía, incluso lo que hemos querido considerar como material... La física cuántica nos habla de las partículas, que son ondas a la vez, y nos dejan en la incertidumbre de su comportamiento. «Debajo» de todo, al fondo de los niveles subatómicos, está el «vacío cuántico», una danza incesante de energía primordial, como una sopa cósmica de la que todo brota. (Una «buena metáfora de Dios», según Boff). La realidad es autoorganizativa, autopoietica, «emergentista», capaz de saltar hacia nuevas realidades emergentes imprevisibles... La

materia tiende a, y da saltos hacia, formas más organizadas, y en definitiva hacia la vida, hacia la sensibilidad, la conciencia, el espíritu y la comunión. Todo está en movimiento (superación de la visión fixista), en evolución, ascendiendo, convergiendo... Ya no es posible pensar sobre la materia en aquellos viejos términos fixistas, «materialistas», reduccionistas. Necesitamos mirar la realidad «material» con ojos nuevos.

- La vieja visión estaba marcada por un profundo dualismo: imagina la realidad escindida en dos niveles bien diferenciados, dos pisos: éste nuestro en el que nos movemos, y otro nivel superior, el mundo del ser (metafísica), del espíritu (sobrenatural), de Dios³⁵. Al primer piso corresponde lo material, lo terrestre, lo corruptible, lo sexual, el pecado... Al segundo piso corresponde lo espiritual, lo celeste, lo eterno, el bien, la santidad. Como «cuerpo y alma», el ser humano participa de los dos pisos, pero su verdadera esencia es su alma sobrenatural.

> Para la nueva visión, no hay dualismo en el mundo, no hay dos pisos en él, y el ser humano no está en un nivel superior al de las cosas y seres vivos de este mundo. Todos formamos la única realidad, que se realiza en diferentes niveles simultáneamente, y que configura diferentes formas y entidades, pero que no permite mirar «desde arriba» a las cosas y criaturas terrestres como inferiores, pasajeras, pecaminosas... No existe lo natural y lo sobrenatural: todo es natural y sobrenatural a la vez. Hasta la espiritualidad es natural³⁶... Tampoco nosotros somos duales, cuerpo y alma; esa antropología ya no es aceptable hoy.

- Para la vieja visión el ser humano ha sido creado directamente por Dios, en un día propio de la creación, el sexto, después de

ser creada la naturaleza que le iba a ser entregada a su dominio. En esa visión el ser humano es diferente de todo el resto de la creación, porque ha sido creado a imagen y semejanza de Dios.³⁷ Una dignidad única, derivada directamente de Dios, de un Dios que está arriba, y fuera, pues es el Creador ex nihilo de la naturaleza...

> Para la nueva visión, no hemos sido puestos en este mundo viniendo a él desde fuera (creados ex nihilo), sino que hemos brotado en ese mundo, somos fruto de su proceso evolutivo, venimos de dentro de él (no de fuera, ni de la nada). Venimos de abajo (no de arriba, del cielo, sino de la Tierra). Seguir utilizando las metáforas de la vieja visión (seguir diciendo que hemos sido creados desde arriba y desde fuera) no sólo es equívoco, y falso en definitiva, sino que además nos hace daño, porque confirma y perpetúa la vieja visión dualista y privilegiadora del ser humano, que no se corresponde a la realidad, que distorsiona la objetividad de nuestra visión y provoca en nosotros un comportamiento que nos hace disfuncionales en la Comunidad de la Vida.

- En la vieja visión –todavía muy presente–, el cosmos, y la Tierra, son sólo el «escenario» en el cual se desarrolla la vida humana. En ella nosotros somos los protagonistas, los únicos sujetos; lo demás son meros objetos. Estamos solos los humanos, en medio de un cosmos de astros, planetas, plantas, animales y rocas. No tenemos nada igual que nos haga compañía.

> En la nueva visión todo es distinto. No hay tal abismo entre nosotros y lo que nos rodea; al contrario, hay una profunda continuidad y comunión. Somos parte del cosmos, somos también el cosmos. De ninguna manera somos extraterrestres (creados fuera o desde

fuera) o forasteros (peregrinos hacia otro mundo). Nuestro cuerpo está hecho de los mismos elementos del cosmos, está constituido por átomos que en otro tiempo han estado en otros cuerpos, humanos y no humanos; son átomos que tienen fecha de creación en la explosión de la supernova que precedió a nuestro Sol, Tianmat, (no son eternos, ni surgieron conmigo). Somos «polvo de estrellas», parte de este mismo cosmos. Somos, en un sentido propio, Tierra, Tierra que ha ido evolucionando y que ha llegado a sentir, a pensar, a reflexionar, a contemplar, a adorar... En nosotros la Tierra – y el cosmos– toman conciencia, se contemplan a sí mismos... Somos los ojos de la Tierra, somos su corazón... Ella es nuestro cuerpo extendido, nuestras raíces, nuestro «yo más amplio».

Pertenece a la Tierra, somos parte viva de la Gaia viva, totalmente interdependientes con ella. En esta visión ya no nos sentimos extraños, forasteros, diferentes ni superiores, sino parte de, pertenecientes a la Tierra, al Cosmos. Hemos cambiado nuestra conciencia local... Ahora nos sentimos de otra manera en relación a la Tierra y al Cosmos; lo vemos todo de otra manera; en cierto sentido hemos cambiado de «lugar cósmico»³⁸, estamos en otro mundo, incluso nos sentimos diferentes, y realmente somos diferentes; tal vez, con esta nueva visión estamos pasando de alguna manera a ser una especie diferente.

- En la vieja visión hay también un abismo de separación entre la especie humana y el resto de la vida en el Planeta, los animales, las plantas... Como si estuviéramos hechos de una naturaleza diferente o mejor³⁹... Para Descartes los animales son «máquinas», que «parece que» sienten... No son sujetos, ni son por ello sujetos de derechos. Sólo

nosotros entendemos el mundo; el mundo es lo que nosotros percibimos, entendemos, lo que corresponde a nuestras capacidades y a nuestros intereses, nuestro mundo humano (antropocentrismo).

> En la nueva visión no hay tal separación entre nosotros y los animales. De hecho, los humanos actuales somos un animal vertebrado de la clase de los mamíferos, del orden de los primates, de la familia de los homínidos, del género homo, de la especie sapiens. En un sentido biológico, somos una especie más, como las demás. No tenemos derecho a poner nuestros derechos sobre los de las demás especies, ni animales ni vegetales, porque todas las especies vivas somos producto del mismo proceso biológico evolutivo que se ha dado en este planeta. Formamos parte de una misma y única «Comunidad de la vida», y dependemos de los ecosistemas en los que nuestra especie ha surgido. De hecho, nuestra carne está hecha de las mismas 14 bases nitrogenadas que constituyen toda la materia viva, y en el núcleo de cada una de nuestras células está escrita nuestra información genética en el mismo lenguaje ADN que el de todas las especies vivas (animales y vegetales). Nuestro cuerpo lleva en sí las huellas de la evolución biológica, acumula tres cerebros, de cuando hemos sido reptiles y mamíferos, o el pulgar oponible de cuando hemos sido arborícolas... Desde mi cuerpo, el linaje de la vida se remonta, en una línea ininterrumpida, hasta la primera célula viva, Aries... Toda la vida en este planeta forma un mismo y único árbol genealógico. No puedo mirar el mundo de la vida como un sujeto que pudiera mirar desde fuera, objetiva-mente, ni desde más arriba, como quien mirara hacia un nivel inferior... sino desde dentro de la misma Comunidad de la vida, de la que formo

parte; no antropocéntricamente, sino bio-cosmo-céntricamente. Es, ciertamente, otra visión, con la que vemos el mundo de otra manera, o que nos hace vivir en un mundo diferente.

- La vieja visión, aun en sus versiones laicas, pone por delante el carácter sobrenatural del ser humano. No seríamos seres meramente naturales. Por encima de la materia y aun de la materia viva, por encima de la naturaleza, está el espíritu, que es sobre-natural. El ser humano sería un ser superior, por causa de su alma, la que le daría su carácter espiritual. El ser humano no sería un ser «de este mundo», sino un ser fundamentalmente espiritual, de más allá del mundo material, trascendente...

> En la nueva visión no hay nada fuera de la naturaleza, no hay un segundo piso superior «espiritual»... y toda la naturaleza es sobre-natural. Lo que llamábamos «espiritual» no puede ser sino una dimensión de la misma naturaleza. La materia es autopoietica, autoorganizativa, «emergente», y tiende a la organización, a la complejidad, y es de ahí de donde surge la conciencia, la autoconciencia, lo que llamamos espíritu... Es la mente, que no está en otro piso, ni viene de otro mundo, sino que está en la materia organizada, en su intensidad mayor de complejidad, y que aparece como conciencia. La dualidad mente/materia queda en entredicho. La cultura no es sino la prolongación de la evolución biológica en el ser humano. La espiritualidad resulta entonces muy natural: «forma parte de la naturaleza». La naturaleza es espiritual, y la espiritualidad es natural. En nuestra comprensión, hoy estamos adentrándonos en la conciencia de la naturalidad de la espiritualidad, o «naturalizando la espiritualidad».

- En la vieja visión, atomista, somos, pensamos y nos vemos como individuos. Nos sentimos ante todo como sujetos individuales, separados de todo, de todos y del todo. Yo sería yo mismo, este individuo. Y todo lo miramos de un modo reduccionista que trata de reducirlo todo a las partes en que se puede diseccionar la realidad (reduccionismo, mecanicismo, dualismo, separatividad...)

> En la nueva visión, holística, no nos sentimos ante todo partes, individuos, aislados... sino partes «del todo», miembros de una colectividad, vinculados, interdependientes. Y sabemos que el todo es mayor que la suma de las partes... Sabemos que la visión atomista e individualista, la separatividad, que nos hace imaginar que somos algo separado, es un espejismo, una ilusión. La realidad es que desde lo más profundo de nosotros mismos estamos vinculados, somos interdependientes, y por tanto estamos marcados e influenciados por esa «totalidad», distinta de la mera suma de las partes. Formamos una unidad mayor, y dejar de verlo o considerarlo, es ceguera causada por el árbol que nos tapa el bosque.

C) Necesitamos una nueva espiritualidad, acorde con esta nueva visión

Hay una gran relación entre percepción / visión / valores / espiritualidad. Los tres planos están relacionados y mutuamente condicionados. Al cambiar nuestra visión del mundo, lo percibimos de otra manera, y con ello reconfiguramos nuestras empatías y nuestros valores. Los cambios cognitivos, visuales, valorales y espirituales (de empatía o inspiración) están mutuamente vinculados. «Ojos que no ven, corazón que no siente; pero también al revés: ojos que miran de otra manera y ven otra cosa,

corazón que siente otros sentimientos y que vibra de otra manera». Por eso, la vieja visión puede retenernos y perpetuar en nosotros valores y empatías que no incorporan las posibilidades de la situación actual, mientras que la nueva visión nos abre a valores e inspiraciones más adecuados a la situación presente. Mientras no cambiemos la vieja visión nos veremos privados de los valores e inspiraciones que necesitamos actualmente, a la altura del desarrollo cognitivo que hemos desarrollado.

Es urgente posibilitar y recrear en nosotros un nuevo sentir, una nueva sensibilidad, empatía, inspiración, espiritualidad, religiosidad, sentido de lo sacro... que derivando de una nueva visión a la altura del momento grave que vivimos, nos reconcilie con este planeta con el que de hecho estamos en guerra, y logre hacernos vivir consecuente y felizmente como lo que somos, como Gaia⁴⁰.

Antes, una mirada a la historia: veamos nuestro giro espiritual con la revolución agraria.

Hoy día, para un correcto planteamiento, no podemos ignorar los datos que nos ofrecen la historia y la arqueología. Sabemos que se ha dado un cambio en ella. Durante el paleolítico hemos vivido una espiritualidad muy bien relacionada con la naturaleza. Nos hemos llevado muy bien con el planeta⁴¹. Pero luego hemos experimentado cambios profundos: ha sido hace varios miles de años, cuando las invasiones arias y semíticas (kurgans, aqueos, dorios, arios...)⁴², cuando el descubrimiento de la agricultura ha desatado la llamada revolución agraria y nos ha obligado a hacernos sedentarios (revolución urbana). Estos cambios han repercutido también en una transformación

de nuestra espiritualidad, que se puede sintetizar así:

–Se pasa a establecer una separación entre naturaleza y divinidad. Es una escisión de la realidad en dos mundos, dos pisos. Un dualismo que escinde la realidad y escinde nuestro espíritu.

–Por una parte, Dios queda separado de la naturaleza; ahora es un «espíritu» (inmaterial, no natural) y es personal (teísmo, o politeísmo). Como tal, es exterior a la naturaleza y al cosmos. Su lugar está en el cielo, en la sobrenaturalidad meta-física.

–Concomitantemente, la naturaleza pasa a ser considerada como realidad profana, no divina, mera «creación» (fabricación, no generación) de Dios. Se da pues una desdivinización de la naturaleza. Ya no hay Gran Diosa Madre, ni Pachamama. Pasamos del holismo divino, a un dualismo que en realidad es un dualismo monista, pues en realidad no consta de dos grandes principios equidistantes –dios y el cosmos–, sino de un solo principio real, el de Dios eterno y todopoderoso, frente a quien el cosmos no es sino un simple pensamiento de Dios; el cosmos dejaría de existir en el momento en que Dios deje de pensar en él.

–No se trata sólo de una escisión o dualización de la realidad, sino de una dualización axiológicamente cualificada: por una parte, se da una exaltación/divinización del «otro mundo», y por otra se da una desacralización/inferiorización de «este mundo».

–El ser humano queda así alienado: pone su mirada fuera de sí y de su mundo natural, reubica su centro de gravedad en un «Dios externo», en el «mundo de Dios» (el otro mundo, el segundo piso), y pasa a

considerarse extranjero en tierra extraña, «ciudadano del cielo», lejos de su Patria celestial y desprendido de esta tierra, «peregrino» en camino hacia el «otro mundo» del más allá de la muerte.

Esta nueva arquitectura neolítica del mundo espiritual no es algo que se dio en el tiempo de la revolución agraria y que allí quedó, sino que ha permanecido vigente hasta el día de hoy. Ha sido en todo este tiempo, y es todavía hoy, el patrón espiritual más básico y habitual en el subconsciente religioso occidental.

Es decir, la espiritualidad también está sometida a la dependencia de cómo «imaginamos» el mundo, cómo lo concebimos, como lo articulamos, y cómo nos lo representamos mentalmente. En esta representación, lo llenamos de unos significados u otros, que nos orientan conceptual, axiológica e inspiracionalmente (ideas, valores, sentimientos, empatía, inspiración, contemplación, esperanzas movilizadoras...). Y según esos significados, nuestra vida –y nuestro contexto– van a recibir unos influjos u otros. Nuestras representaciones pueden ser, no sólo verdaderas o falsas, sino consolidantes o alienantes, beneficiosas o dañinas; nos pueden llevar a vivir este mundo con atención y con cuidado, o a despreciarlo y quedar pendientes sólo del cielo, mientras nos legitiman para depredar inmisericordemente este plano inferior de meros «recursos naturales».

La antropología y otras ciencias han llevado a cabo recientemente un amplio discernimiento sobre ese «giro espiritual» que dimos en el momento de la revolución agraria, y cree saber «dónde nos equivocamos»⁴³. En consecuencia, nos pide

discernir qué nuevos giros o contra-giros deberíamos realizar hoy para encontrar (o recuperar) una espiritualidad que corresponda a la visión que hoy tenemos, a partir de los nuevos conocimientos de los que disponemos. Algunos de estos nuevos giros, urgentes, podríamos presentarlos esquematizadamente así:

Reconsiderar el teísmo. Esta reconsideración implicaría:

–Tomar conciencia de que el teísmo tradicional es simplemente un modelo de comprensión, que la humanidad ha tenido ya, en el decurso de su historia, varios modelos, y que es legítimo y necesario hacer un discernimiento sobre ellos.

–Superar el teísmo del theos griego, desabsolutizar el dios-personal, externo al mundo, del segundo piso, interventor sobrenatural, absoluto, que, comparativamente, reduce a nada a todo lo que no es Dios (el ya referido «dualismo monista»).

–Relativizar el carácter personal-humano de Dios (el antropomorfismo), considerado de hecho imprescindible en nuestra relación con el Misterio, tanto en la visión oficial como en la popular del cristianismo. Dar carta de ciudadanía en la espiritualidad al posteísmo, a un reconocimiento de Dios-que-no-es-theos. Abrir los ojos espirituales del pueblo sencillo haciéndolo capaz de encontrar a la Divinidad («a Dios») sin considerarlo theos, sin considerarlo de hecho un ser antropomórfico, un «tú con el que dialogar»...

–Considerar el pan-en-teísmo. Reubicar la Divinidad que en la época de la revolución agraria expulsamos de la naturaleza y la expatriamos hacia un cielo sobrenatural metafísico.

Relocalizar a Dios en la realidad, en la única realidad, en la naturaleza cósmica. Captar la dimensión/presencia divina en lo cósmico y natural, la sacralidad de lo profano y de la naturaleza, el estatuto divino de lo (hasta ahora considerado como) no espiritual⁴⁴.

–Abrirnos cada vez más al posteísmo en la forma de pan-en-teísmo espiritual, de reverencia de la sacralidad del Misterio presente en la Realidad cósmica y total. La vieja polémica teísmo/ateísmo quedó obsoleta, superada⁴⁵.

- El modelo del teísmo (un Dios externo, espiritual, interventor, antropomórfico, Kyrios-Señor, Creador/creaturas...), habitualmente interpretado de modo literal, como un ser ontológico, no sólo es un error teológico, sino que es un factor epistemológico dañino para nuestro conocimiento y para nuestra espiritualidad, porque se convierte en (genera automáticamente) un canon de interpretación jerárquica de toda la realidad, poniéndolo todo al servicio del ser humano, depreciando lo no-espiritual, lo no-personal, lo no-masculino. Podemos seguir utilizando la imagen «Dios-theos» para expresarnos en espiritualidad, pero sólo podemos hacerlo con la condición de mantener la distancia crítica de saber que es un símbolo, una opción de hermenéutica del lenguaje religioso, pero que no es, en absoluto, una referencia real de contenido ontológico-metafísico. El teísmo, entendido ontológicamente –como es lo habitual– genera la jerarquización/sometimiento de la realidad y de la sociedad⁴⁶.

–El Dios antropomórfico piensa, proyecta, hace el plan, decide, pone en marcha, se complace, se disgusta, se enfada, condena, amenaza, castiga, se reconcilia, interviene, se retira, dice, hace, pregunta, ordena, hace

milagros en concesión a lo que le piden, escucha, responde, dice, revela, habla... ¿No son demasiados verbos antropomórficos los que aplicamos a ese Dios? Es Dios también antropomórfico ese Dios sobre todo personal, que necesito llamar tú, amigo del alma, «amigo invisible» y confidente de mi vida íntima... En rigor, decir que Dios es «personal» es un antropomorfismo... Dios no puede ser personal, sino más que personal, suprapersonal, tal vez transpersonal... Y podemos imaginárnoslo como personal si nos sirve, pero sabiendo que eso sólo es una facilitación quoad nos.

–El Dios Kyrios-señor, kiriarcas... Dios no puede ser Señor, porque sólo se puede ser Señor en una realidad estructurada desde la dominación, desde la jerarquización, es decir, en una realidad concebida desde la ontología del señorío... Teilhard creía que un cambio exigido por la cultura actual era que Dios dejase de ser el «propietario neolítico del mundo»⁴⁷. El dios-Señor es una proyección de la edad agraria-autoritaria.

–La perspectiva feminista descubre en el teísmo la proyección de los afanes masculinos de poder... Véase el testimonio de Ivone Gebara⁴⁸.

–Con el concepto de creación viene a ocurrir otro tanto, por cuanto remite necesariamente a un creador y unas creaturas. También de hecho resulta un concepto que a la larga nos hace daño, por cuanto, aunque parece inocente e inocuo, confirma y perpetúa el dualismo, el des-empoderamiento de la naturaleza, y el teísmo⁴⁹.

–Reconsiderar el estatuto espiritual del cosmos, de la naturaleza, y de la ciencia

–Asumir la nueva imagen de la naturaleza, de la materia y del cosmos que la nueva

cosmología y la nueva física, las nuevas ciencias en general, nos proporcionan.

–Superar el concepto clásico de «creación del mundo» por parte de un Dios externo a él;

–Redescubrir la presencia y la identidad del Misterio (lo divino, la Divinidad) en la realidad cósmica y natural. Reconocer/ percibir la sacralidad de la naturaleza.

Reencontrar a Dios (también) en la naturaleza –igual que el cristianismo nos ha hecho tan sensibles a la presencia de Dios en el ser humano–.

–Abrirnos a la consideración no panteísta pero sí simbólicamente real de la naturaleza como el «cuerpo de Dios»⁵⁰. La realidad es, metafóricamente hablando, el cuerpo de Dios.

–Rose Mary Radford Ruether se refiere a quienes buscan una nueva espiritualidad ecológica, que critican al Dios monoteísta abrahámico, al que consideran hostil a la naturaleza, y que piensan que «Gaia debería sustituir a Dios como objeto de nuestra adoración»⁵¹. Y añade: «Estoy de acuerdo en gran parte con esta crítica, pero creo que la simple reacción de sustituir una deidad trascendente masculina por una deidad inmanente femenina no basta para resolver el problema de Dios». Muy cierto, no bastaría; pero tampoco se puede ignorar la intuición inconsciente que se agazapa debajo de tal propuesta. Porque si consideramos que el modelo de Dios masculino, exterior, dominador, justificador del dominio antropocéntrico del ser humano sobre la naturaleza y de la desdivinización de ésta, es sólo un modelo del que podemos desprendernos (no una realidad ontológica), y si por otra parte reconocemos que panteísticamente hablando Dios está en la

naturaleza animándola desde dentro, nuestra nueva imagen de la Divinidad va a estar mucho más cerca de la Tierra sagrada de Gaia, que del tradicional y ortodoxo Cristo Rey que fue entronizado como Júpiter tonante en el Panteón de Roma, imagen sin duda mucho más inadecuada.

–Debemos en efecto volver a nuestro hogar (homecoming)⁵², volver a una espiritualidad oiko- centrada, recentrada de nuevo en la realidad, en la vida, en la naturaleza, en el planeta, en Gaia, en el cosmos; una espiritualidad que fue nuestro hogar espiritual durante miles de años, antes de que nos desviáramos en el tiempo de la revolución agraria, cuando desdivinizamos la naturaleza y creamos un modelo de theos externo, no natural (espiritual sobre-natural) y masculino.

–En este sentido, es urgente que las religiones vuelvan su mirada al estado actual de las ciencias, que fungen hoy como nueva «revelación», manifestación de los signos de la presencia del Misterio, que los hombres y mujeres de hoy rastrean con mayor sintonía.

–Caminar hacia una espiritualidad que no nos aliene, es decir:

–que no nos inculque la minusvaloración de la realidad cósmica y natural. Que no nos la explique como la «caída de las ideas (eternas, divinas) en la materia», en el mal, en el mundo pecaminoso y alejado de Dios...

–que no nos destierre de este mundo, que no nos haga ciudadanos del cielo, ni peregrinos por este valle de lágrimas, ni soñadores obsesionados pendientes de un segundo piso, ni vecinos del mundo posmortal... ni nos explique nuestra vida como un itinerario hacia una «patria celestial» de la que estaríamos expatriados,

ni como un «retorno hacia Dios», es decir, siempre al margen y en dirección contraria a este sagrado cosmos en el que reconocemos nuestro hogar.

–que nos permita vivir oikocentros, centrados en nuestro hogar cósmico, en la naturaleza, en Gaia, con un pensamiento realmente bio-cosmo-centrado⁵³, superando radicalmente el antropocentrismo⁵⁴, el humanocentrismo y el teocentrismo tradicional.

–que nos permita recuperar «lo que necesitamos por encima de todo, que es recuperar el amor y la empatía por la naturaleza, que perdimos cuando nos enamoramos de la vida humana»⁵⁵.

–que nos permita reconocer el mundo habitado por Dios. Que nos permita amar el mundo⁵⁶, sentirlo «reencantado» (Max Weber), recuperar la empatía con la naturaleza⁵⁷, recuperar lo profundo de la visión de Pachamama, compartir la empatía por la tierra de las culturas indígenas y las religiones aborígenes⁵⁸...

–que no nos haga vivir pendientes de un libro revelado desde fuera (bibliocentrismo)... sino que nos haga leer en «el Libro» divino por antonomasia, el libro de la realidad, del cosmos... y de la ciencia como verdadera revelación⁵⁹...

–que no nos permita depredar la Tierra, despreciarla, manejarla como mera despensa de objetos inferiores, deshabitada, sin sacralidad... sino que la sintamos como nuestro espacio sagrado, nuestra placenta espiritual...

Con una espiritualidad así es bien probable que la humanidad diera a tiempo el giro, el cambio, la grande tournant, la gran transformación, tan urgente, que necesita

hacer, para pasar de una civilización industrial, conquistadora, extractiva y destructiva, irracionalmente centrada en el lucro masivo y cortoplacista, aun a costa de la destrucción de la naturaleza y el envenenamiento de las relaciones humanas, a una nueva civilización, a favor de la vida y del planeta, de la humanidad y de la fraternidad.

Como ha declarado la EATWOT⁶⁰: sólo dejaremos de destruir la naturaleza cuando descubramos tanto su dimensión divina, cuanto nuestro propio carácter natural...

Concluyendo

La situación actual de nuestro planeta es insostenible, y tremendamente amenazadora. Posiblemente estamos acercándonos al desastre y el final de este siglo tal vez vaya a ser testigo del colapso de nuestra civilización y de la disminución drástica de nuestra

especie. Quizá ello no sea sino la reacción de Gaia al comportamiento insoportable de esta especie tan nociva y poco amigable en que nos hemos convertido. Ésta puede ser la ocasión de que surja una nueva especie, más consciente y amigable con el planeta, que pueda copilotar la evolución de la vida en este Planeta. O tal vez sea en esta ocasión cuando el ser humano actual se transforme y pase a convivir amigablemente con Gaia, como una especie verdaderamente nueva...

Como hemos querido mostrar, la solución del problema más grave que tiene la Humanidad ahora mismo pasa principalmente por la urgencia de adoptar «una nueva visión y una nueva espiritualidad». Está en juego la supervivencia de la Humanidad y el porvenir de la Vida en este planeta. ♦

Notas

1/ Sin eufemismos: no un simple «cambio climático».

2/ Pasaron los tiempos de las dudas y los debates sobre la realidad o no del calentamiento climático. Hoy es un hecho comprobado y confirmado. «Los latinoamericanos menores de 30 años no han vivido un solo mes de sus vidas con una temperatura menor al promedio de las del siglo XX. Es decir, viven en un planeta que no ha hecho más que calentarse desde que nacieron. Desde febrero 1985, las temperaturas mensuales han estado siempre por encima del promedio mensual del siglo XX. Y en los últimos años, la brecha entre el promedio y la temperatura actual va rompiendo récords casi mes a mes. De hecho, mayo de este año (2016) fue el más caluroso que se haya registrado, según la Oficina del Océano y la Atmósfera de Estados Unidos (NOAA) y la NASA, y el decimotercer mes consecutivo con temperaturas récord. Y hay pocas esperanzas de que el

promedio para julio rompa esa tendencia». El país, Madrid, 13 de julio de 2016: <https://goo.gl/3H8Wz>.

3/ Además, hace años que se está diciendo que avanza más rápido de lo que esperaba... Cfr. James LOVELOCK, *La Tierra se agota*, Planeta, Barcelona 2011 (original de 2009), p. 157.

4/ «A pesar de su excelencia científica, EEUU ha sido el país que más ha tardado en darse cuenta de la amenaza que supone el calentamiento global»: J. LOVELOCK, *La Tierra...*, 33, 35.

5/ Véase: <https://goo.gl/iS5RDs>

6/ LOVELOCK, *La Tierra...*, 43.

7/ *Agenda Latinoamericana Mundial 2010*, pág. 25: «El cambio climático mata ya a más de 300.000 personas». Son datos de 2009...

8/ De hecho, la tasa de extinción ya se ha multiplicado enormemente en el último siglo, y

continúa haciéndolo, exponencialmente. Los datos se vienen repitiendo desde las más variadas fuentes, desde hace ya algunas décadas.

9/ Lovelock se refiere con frecuencia a la especie humana como una «plaga» y una «enfermedad» que aflige a Gaia. «Nos guste o no, nosotros somos el problema»: La Tierra se agota, Planeta, Barcelona 2011, p. 86.

10/ Lovelock utiliza la imagen de los turistas desapercibidos junto a las Cataratas del Niágara, que no saben que los motores están a punto de estropearse. La venganza, 24.

11/ «Cuidadosas observaciones y mediciones muestran que incluso hoy algunos aspectos del cambio climático están sucediendo con más rapidez de la augurada por el más pesimista de los pronósticos»... LOVELOCK, La Tierra, p. 157.

12/ Son datos relativos a 2016, reconocido como el año más caluroso desde que tenemos registros, véase: goo.gl/IPv0wf (Leído el 18 de enero de 2017).

13/ Para mantenerse por debajo del límite de los 2o C a final del siglo XXI, los países desarrollados deben reducir sus emisiones de CO2 en un 70%, o un 80% si asumen el plus de su responsabilidad histórica. Cfr. Associació de Naturalistes de Girona, «Un planeta con fiebre que necesita curas globales y locales», en Agenda Latinoamericana'2017, págs. 36-37.

14/ «Como civilización somos como un toxicómano, que morirá si sigue consumiendo su droga, pero que también morirá si la deja de golpe». LOVELOCK, La venganza, p. 24.

15/ De 2010 a 2015 fueron asesinados en Honduras al menos 109 líderes ambientalistas, siendo el país que presenta la tasa más alta de asesinatos de ecologistas. Cfr los datos de Global Witness, marzo 2016 (globalwitness.org).

16/ De hecho, a pesar de tantas palabras y declaraciones, «las cifras indican que nos movemos en dirección contraria, y las emisiones han aumentado en los últimos años: en un 74% en Latinoamérica entre 1990 y 2011 y en un 56% a nivel global, según los datos del Banco Mundial». Cfr. El País, Madrid, 13 de julio de 2016, web citada.

17/ Ramón TAMAMES, en El mundo, Madrid:

<https://goo.gl/qbASmj>

18/ Hoy se piensa que casi el 98% de las especies que han existido en nuestro planeta ya se han extinguido... Cfr Manuel GONZALO,

Gracias, Tiburón, Editorial SB, Buenos Aires 2006, p. 129.

19/ «El cambio (climático) es una parte normal de la historia geológica. Lo inusual de la crisis que viene es que somos nosotros su causa»: LOVELOCK, La venganza, p. 25.

20/ «La única conclusión casi segura que podemos extraer del clima cambiante y de cómo reacciona la gente a él es que queda poco tiempo para actuar»: LOVELOCK, La Tierra, p. 87.

21/ Cfr. Mt 24,37ss.

22/ «Cuando comenzó la vida en la Tierra hace unos 3.800 millones de años, el Sol era alrededor de un 30% menos luminoso que ahora. En unos cuantos miles de millones de años más, será tan terriblemente caliente, que toda la vida que conocemos ahora morirá, o deberá encontrar otro planeta que le sirva de hogar»: LOVELOCK, Las edades de Gaia, Tusquets, Barcelona 2007, 4a edición (primera de 1993), p. 49.

23/ Nos referimos a las religiones neolíticas, no a la religiosidad en general ni a la religiosidad o espiritualidad anterior.

24/ «Todo comenzó hace cien mil años, cuando prendimos fuego a los bosques porque nos resultaba más cómodo para cazar. En ese momento dejamos de ser un animal más e iniciamos la demolición de la Tierra». LOVELOCK, La venganza, p. 24.

25/ Que cubren actualmente el 53% de la población mundial.

26/ Como hemos dicho, a nuestro Sol le quedan unos 4500 millones de años de existencia, que concluirá abrasando a la Tierra en su explosión final.

27/ Populares estudios estadísticos insisten en que en EEUU la mitad de la población cree que Jesús va a volver a la Tierra para realizar el Juicio Final y concluir este eón salvífico.

28/ Del hecho consumado cabe deducir su posibilidad intrínseca.

29/ Marià CORBÍ lo describía así en la convocatoria de Can Bordoi'2016: «En las sociedades en las que las ciencias y las tecnologías están en continuo y acelerado desarrollo, con la consiguiente creación de nuevos productos y servicios, se genera una dinámica poderosa al servicio de la explotación del medio y de los grupos humanos. No podemos continuar con ese planteo porque nos conduciría, a corto plazo, a un desastre medio ambiental y social». Comunicación al equipo.

30/ «Esta crisis es la consecuencia de poner los derechos humanos por delante de las obligaciones humanas hacia la Tierra y todas las formas de vida que la compartimos»: LOVELOCK, La Tierra, 257.

31/ J. LOVELOCK, La venganza, p. 40.

32/ Dice E.O. WILSON que continuamos siendo «carnívoros tribales»... «Estamos programados por nuestra herencia para considerar las demás cosas vivas básicamente como comida, y para que nuestra tribu nacional sea para nosotros más importante que cualquier otra cosa. Llegamos incluso a dar la vida por ella y estamos dispuestos a matar de forma extremadamente cruel a otros seres humanos por el bien de nuestra tribu. Todavía nos resulta ajena la idea de que nosotros y el resto de la vida, desde las bacterias a las ballenas, formamos parte de una entidad mucho mayor y más diversa: la Tierra viva»: LOVELOCK, La venganza, p. 21.

33/ Aludo a la forma de decir de los filósofos griegos, «lo visible y lo invisible» –que aún aparece en el credo de la Iglesia–, que corresponde a lo material y lo espiritual.

34/ BOFF, L., La materia no existe, RELaT, no 402. «La idea de materia fue redefinida en términos de 'campos y fuerzas inmateriales'; el concepto clásico de 'materia' se ha vuelto una 'idea extinguida', o un 'no concepto'»: HATHAWAY-BOFF, O Tao da Liberdade, Vozes, Petrópolis 2012, p. 250.

35/ En Tillich, la crítica al teísmo va acompañada de la crítica al «sobrenaturalismo» como teología que afirma la existencia de un mundo sobrenatural al lado o por encima del mundo natural, en la que Dios se vuelve un objeto mundano, la creación un acto en el comienzo del tiempo, y la realización futura una situación futura de las cosas. TILLICH, Gläuber Realismus II. In: Philosophie und Schicksal. Gesammelte Werke, vol. 4. Stuttgart: Evangelisches Verlagswerk, 1961, 106. Cfr. Etienne HIGUET, Falar de Deus no limite dos tempos, en <https://goo.gl/XApCfM>

36/ Cfr. Camino CAÑÓN LOYES, Espiritualidad naturalizada, Universidad de Navarra, Youtube: [youtube.com/watch?v=9tEEgIVqrUo](https://www.youtube.com/watch?v=9tEEgIVqrUo)

37/ Para LOVELOCK, «quizá el error más grande de las religiones monoteístas, incluida el islam, es creer que los seres humanos están hechos a imagen y semejanza de Dios; la implicación es que no podemos mejorar a través de la selección natural...»; La Tierra, 258-259.

38/ Igual que la teología y la espiritualidad de la liberación hablaban del «lugar social». Cfr. ELLACURÍA, I., El auténtico lugar social de la Iglesia, RELaT 124, servicioskoinonia.org/relat/124.htm

39/ Joanna MACY, Volver a la vida, Desclée, Bilbao 2003, p. 88.

40/ Vivir como Gaia, Our Life as Gaia, por Joanna MACY, en SEED, MACY, FLEMING NAESS, Thinking Like a Mountain: Toward a Council of All Beings, New Society Publishers, Philadelphia 1988.

41/ Durante la mayor parte de nuestra historia evolutiva, los humanos nos hemos llevado muy bien con el planeta, libres de todas esas fronteras antropocéntricas... y hemos considerado la Tierra como nuestro hogar primario... Diarmuid O'MURCHU, Religion in Exile, Crossroad, New York 2000, págs. 17, 23.

42/ Hacia finales de la Edad de Bronce, 1250 a.e.c. en el Próximo Oriente. Procedentes del Este, de las estepas al Norte de los mares Negro y Caspio en el caso de las estirpes heleno-arias, y de los

desiertos siro-árabes en el caso de los semitas, se reconocen varias oleadas de invasiones: la primera entre los años 4300 y 4200, la segunda por los años 3400-3200, y la tercera entre el 3000 y el 2800.

43/ Cfr. BOFF, L., ¿Dónde nos equivocamos?, RELaT no 030.

44/ Así como Jesús URTEAGA buscó El valor divino de lo humano, Jon Sobrino Lo divino de los derechos humanos, o Ladislao Boros trató de Encontrar a Dios en el hombre.

45/ Cfr. Roger LENAERS, Aunque no haya un Dios ahí arriba, Abya Yala, Quito 2009. Cfr especialmente el último capítulo: El no teísmo como último paso.

46/ Agradezco aquí las aportaciones del diálogo entre todos los ponentes en el XII Encuentro Internacional de Can Bordoï, en noviembre de 2016, especialmente de Marià Corbí.

47/ Teilhard de Chardin escribió: «Comme vous le savez déjà, ce qui domine mon intérêt et mes préoccupations est l'effort pour établir et répandre autour de moi une nouvelle religion (vous pouvez appeler cela un christianisme amélioré) dans laquelle le Dieu personnel cesse d'être le grand propriétaire néolithique d'autrefois, afin de devenir l'âme du monde ; notre scène culturelle et religieuse appelle à ce changement.» Lettres à Léontine Zanta, Paris, Desclée de Brouwer, 1965, p. 127.

48/ «Si nos detenemos un poco más sobre el uso de esa palabra en los documentos pontificios, ella aparece como una metáfora del poder más elevado, del amor puro, de la justicia en su más alto nivel, del bien supremo... Pero esa metáfora también revela algo espantoso. Primero, revela una especie de conflicto de los seres humanos con sus propios límites, expresando siempre el deseo de anhelar lo máximo de lo que se juzga ser bueno para la especie. En segundo lugar, revela que estas afirmaciones provienen especialmente del mundo masculino, habituado a los conflictos históricos de poder y, en consecuencia, capaces

de crear, por lo menos con el pensamiento, un ser capaz de superar todos los poderes y manifestar ese poder a través de ellos. Manifestar ese poder sobre todo a través de un lenguaje poderoso que habla en nombre de un ser absoluto que preside la vida en la tierra y en los cielos, que domina el universo y que tiene toda la creación bajo sus pies. ¿No sería esto una expresión de los sueños humanos de omnipotencia?

Además, ese ser, el Altísimo, el Absoluto, el Inmutable, que preside todos los mundos conocidos y desconocidos, que conoce todos los pensamientos, que sabe hasta cuántos cabellos existen en nuestras cabezas, ese Magnánimo y Poderoso Ser, es un Señor cuyo rostro histórico es, fundamentalmente, ¡masculino!

Precisamente esa metáfora poderosa es una metáfora anti-ecológica, contraria al mundo de la naturaleza y a su constante evolución. Es una metáfora que contribuye para la destrucción del planeta, para el fortalecimiento de un antropocentrismo jerárquico con poderes dictatoriales». Ivone GEBARA, Laudato Sí: algunos desafíos teológicos para una mejor convivencia en el planeta. Septiembre 2016, pro manuscrito.

49/ No cabe duda de que, ante la amenaza del nihilismo, el uso del concepto de creación puede ser útil para suscitar fácilmente sentimientos de reverencia y cuidado ante la naturaleza –como lo hace, con tacto, la encíclica Laudato Si' del papa Francisco–, pero conlleva los peligros aludidos, y a la larga sigue siendo un concepto dañino; tal vez sólo provisionalmente podría ser utilizado, y, siempre, con las cautelas críticas necesarias.

50/ Sally McFAGUE, Modelos de Dios, Sal Terrae 1987, p. 126ss.

51/ Rose Mary RADFORD RUETHER, Gaia y Dios, Demac, México 1993, p. 16.

52/ D. O'MURCHU, Religion in exile. A Spiritual Homecoming. Crossroad, New York, 2000. O'Murchu presenta la tesis de que nos hemos aislado de nuestra placenta espiritual planetaria y necesitamos volver a ella, a nuestro hogar, homecoming.

53/ «Como dice Rosemary Radford Ruether, debemos 'convertir nuestras mentes a la tierra', dejar a un lado el pensamiento lineal, dicotomizado, dualista...»: McFAGUE, *ibid.* p. 101-102. RUETHER establece claramente la relación entre justicia ecológica y justicia social: «No puede haber ninguna ética ecológica que sea simplemente una nueva relación del "hombre con la naturaleza". Cualquier ética ecológica debe tener siempre en cuenta las estructuras de dominación y explotación social que median el dominio de la naturaleza e impiden la preocupación por el bienestar del conjunto de la comunidad en favor del beneficio inmediato de la clase, raza y sexo dominantes. Una ética ecológica debe ser siempre una ética de eco-justicia que reconozca la interconexión de la dominación social y el dominio de la naturaleza» (Sexismo and God-Talk. Toward a Feminist Theology, Beacon Press, Boston 1983, p. 9!).

54/ Recordando la memorable acusación de Lynn WHITE: «El cristianismo es la religión más antropocéntrica de la tierra», en *Historical Roots of Our Ecological Crisis*, «Science» 155 (1967) 1203-1207.

55/ LOVELOCK, *La venganza*, 26.

56/ «¿Nosotros desertores? ¿Escépticos sobre el futuro del mundo? (...) Como si para nosotros –y aún más que para vosotros– no fuera cuestión de vida o muerte que la Tierra triunfe aun en sus fuerzas más naturales. (...) Para nosotros, en sentido auténtico, se trata de la complección y el triunfo del mismo Dios». TEILHARD, Pierre, *El medio divino*, Taurus, Madrid, p. 58-59.

57/ LOVELOCK, *La venganza...*, p. 27.

58/ Cfr. la famosa carta del Cacique SEATTLE.

59/ Cfr. Thomas BERRY, *Lo divino y nuestro actual momento revelador*, RELaT 390. Brian SWIMME, *El cosmos como revelación primordial*, RELaT 389.

60/ EATWOT, *Visión ecológica y supervivencia planetaria*, documento de la EATWOT en su Asamblea General de 2012 celebrada en Yakarta. Publicado en RELaT no 425, servicioskoinonia.org/425.htm



